

## ORACION FUNEBRE

*Dr. José Francisco Peña Gómez*

Si hay un motivo justificado para que el pabellón nacional descienda del tope del asta y se coloque en la mitad del tránsito que debe recorrer cada mañana, ése es el luctuoso suceso que nuestra capital ha presenciado acongojada en la madrugada de hoy cuando cerró los ojos para siempre el investigador que más los utilizó para desentrañar de montañas de documentos los secretos guardados celosamente por la historia en los archivos de Santo Domingo, España, Francia, Italia, Inglaterra, Venezuela, Argentina y otros países.

Ciertamente, ningún otro dominicano, y dudamos que otro latinoamericano, haya realizado una labor de investigación histórica de las colosales dimensiones de la cumplida por el gigante que en estos momentos acaba de agotar la trabajosa jornada de su vida.

Emilio Rodríguez Demorizi nació en la comunidad de Sánchez en fecha 14 de abril de 1904. Era hijo de los esposos Félix Francisco Rodríguez Jiménez y de Genoveva Demorizi Campos.

El eminente intelectual que velamos en estos momentos recibió sus primeras letras en la ciudad de La Vega y cursó la licenciatura en derecho en la Universidad de Santo Domingo.

Eficiente servidor público, inició su carrera de funcionario desempeñando las funciones de Ayudante del Procurador General



de la República, que lo era en esa época el Lic. Cayetano Rodríguez.

Su vocación, sin embargo, no era el ejercicio de la profesión de abogado ni la interpretación de los textos jurídicos. El licenciado Emilio Rodríguez Demorizi vino al mundo con la misión de poner en orden la historia nacional, y de paso, contribuir a esclarecer episodios fundamentales de la historia de las patrias latinoamericanas y de la madre España.

Los talentos del Lic. Rodríguez Demorizi eran diversos y la versatilidad de su intelecto tuvo variadas manifestaciones, porque no sólo ha sido el dominicano que más ha escrito sobre nuestra historia; también fue maestro de investigación científica, descollando en disciplinas y en materias tales como la geografía, la mineralogía, la fauna y los recursos naturales.

Como dominicano integral, Emilio Rodríguez Demorizi amaba intensamente la isla donde nació y por eso estudió con dedicación las acciones de los hombres y las mujeres cuyos hechos son los elementos básicos de nuestra historia, pero también estudió el suelo que pisaron los autores de nuestro acontecer, porque tan aficionado era al examen de la geografía que le corresponde el mérito de ser el fundador y Presidente hasta el día de hoy del Instituto Dominicano de Geografía.

Nuestro ilustre Presidente era miembro del Instituto Dominicano de Genealogía, que preside el digno mitrado Monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito y del que es Secretario otro distinguido cultor de la investigación histórica: el Lic. Julio Genaro Campillo Pérez.

Maestro de la historia, políglota y maestro de la lengua en que escribió sus obras, don Emilio Rodríguez Demorizi ha sido hasta hoy Presidente de la Academia Dominicana de la Historia, pero sus conocimientos enciclopédicos y la pericia con que podía bucear sin asfixiarse en las profundidades de los archivos de las naciones vinculadas a nosotros, lo consagraron también como miembro de la Academia de la Historia de España, Guatemala, Colombia y Venezuela, entre otros países y además, por su magistral dominio del idioma, miembro de la Academia de la Lengua de España.

El más grande historiador dominicano de este siglo desempeñó posiciones de alta jerarquía, tales como la de Rector de la Universidad de Santo Domingo, Secretario de Estado de Interior y Policía, Embajador en Nicaragua, Costa Rica y España. Su vida diplomática —que se inició en 1947— comprendió también el



ejercicio de las funciones de Ministro Consejero en Italia y en Colombia.

La función que más pudo contribuir a la magna obra realizada por don Emilio Rodríguez Demorizi fue la dirección del Archivo General de la Nación, cargo que desempeñó en tres oportunidades, convirtiéndose él mismo en un archivo de datos e informaciones al que recurríamos todos los que sabíamos que, gracias a su extraordinaria labor intelectual, sus conocimientos en la materia histórica eran enciclopédicos.

Emilio Rodríguez Demorizi desempeñaba las funciones de Secretario de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos en el año 1961 cuando el Dr. Balaguer era Presidente de la República y el pueblo dominicano, actuando por conducto de los héroes del 30 de mayo había vengado 31 años de opresión dando muerte al dictador.

El doctor Joaquín Balaguer correspondió a la audaz decisión que tomaron los líderes del Partido Revolucionario Dominicano de regresar al país y establecer el primer partido democrático de oposición al régimen trujillista en el territorio nacional. En esa época conocí al Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, por que él fue el contacto utilizado por el Presidente Joaquín Balaguer para mantener una comunicación que contribuyó a la apertura democrática de la nación.

Cada vez que se presentaba una situación difícil, que sobrevenía un peligro para la seguridad de los líderes perredistas o sucesos que amenazaban con cerrar la débil brecha democrática recién abierta, el hombre a quien recurrían Angel Miolán y sobre todo el Prof. Juan Bosch, era el Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, porque fui testigo y actor de aquellos episodios estelares de la democratización del país y puedo testimoniar ante la nación que, no obstante haber servido al régimen caído, don Emilio Rodríguez Demorizi fue un faro civilizador en medio del oscurantismo de la tiranía.

El suceso que mejor perfiló el patriotismo y el amor a la libertad y a la justicia del Lic. Rodríguez Demorizi, fue su participación en la Revolución Constitucionalista de 1965. Antecedéndole en el compromiso con la lucha armada, estuvo su hijo de apenas 18 años José Antonio Rodríguez Soler, que fue uno de los primeros constitucionalistas en caer víctima de la acción interventora de tropas extranjeras.

El sacrificio de la vida de su hijo estremeció las fibras más íntimas de alma de don Emilio, a quien solíamos contemplar caminar con paso tardo y la vista perdida abrumado como estaba



por el peso de la tragedia personal y el recuerdo imborrable de su descendiente. Un día, un mozo en la década de los veinte, tropezó con un ilustre historiador en la calle Mercedes y platicó con él sobre los sucesos que en aquellos momentos habían convertido a la República en centro de la atención mundial en el campo de batalla donde luchaban dos bandos dominicanos en medio de una dolorosa intervención militar extranjera. El viejo maestro de la historia nos habló de su compromiso con la democracia, la independencia y la libertad, recalcando que la pérdida de su hijo —aunque era motivo de profunda aflicción— había más bien fortalecido la confianza en la justeza de la lucha que empeñaban entonces los constitucionalistas para devolver al país el orden constitucional.

Fue entonces que aquel joven, que hoy es Síndico del Distrito Nacional, le propuso al historiador que si quería ponerse en contacto con el jefe de la revolución constitucionalista, porque estaba convencido que sería un efectivo auxiliar para aquel joven militar que mucho necesitaba de la valiosa asesoría de los sabios consejos de aquel maestro de maestros. Fue así como nos dirigimos a la cuarta planta del edificio Copello e introduce a don Emilio Rodríguez Demorizi ante el coronel Francisco Alberto Caamaño, que lo convirtió desde ese mismo momento hasta el fin del movimiento constitucionalista en un colaborador y que lo mismo fue un testigo de primer orden junto al compañero Héctor Aristy, de los extraordinarios acontecimientos que tanto contribuyeron a moldear el orden constitucional que disfrutamos hoy.

A partir de aquel momento, don Emilio Rodríguez Demorizi presencié las negociaciones que realizaron los constitucionalistas con la Organización de Estados Americanos. Aquella oportunidad única que le concedió la vida de ser actor y testigo de uno de los hechos más sobresalientes de nuestra historia le evitó cumplir la pesada labor indagadora de los archivos, porque llegué a verlo extender su mano ligera con el fin de apoderarse de los documentos que se discutían en la mesa de negociaciones y donde quedó grabada parte de la historia escrita entre bastidores por aquellos jóvenes dominicanos.

Me expresó que estaba escribiendo la historia de aquellas negociaciones que pusieron fin a la Revolución y también historiando para las futuras generaciones los sucesos que tuvo la ficha de presenciar. Entre el número de más de cien obras, debe incluirse ese trabajo que nadie conoce porque lo ha guardado



celosamente comprendiendo que el tiempo no había borrado con las cicatrices del olvido las heridas en la piel y en el corazón del pueblo dominicano ocasionadas por aquella guerra fratricida.

El día que concluyó la Revolución de Abril, el coronel Caamaño resignó el mando pronunciando un discurso que consignaba estas palabras que pertenecen a la historia... "Porque me entregó el pueblo el poder, al pueblo vengo a entregarle lo que le pertenece" y antes de que él hablara a una multitud que colmó la Fortaleza Ozama, un dominicano que prácticamente podía ser padre y abuelo de la mayoría de los combatientes y dirigentes de la Revolución habló con entusiasmo con la voz timbrada por las emociones del patriotismo; se llamaba Emilio Rodríguez Demorizi, que puede calificarse como el primer dirigente intelectual del movimiento.

La última función pública que desempeñó don Emilio Rodríguez Demorizi fue la de Regidor, cuando seguramente no imaginaba que volvería a ser funcionario público y disfrutaba de su ocupado retiro y de una posición económica que le permitía vivir al margen del desempeño de un cargo oficial.

Aquel eminente ciudadano que fue embajador en varios países cuando la función diplomática se valoraba y jerarquizaba, como lo que debe ser la representación del Estado Dominicano ante las naciones de la comunidad internacional; aquel ciudadano distinguido que señoreó con su autoridad y su intelecto el primer centro educativo de nuestro país y que fue parte del gabinete de varios gobiernos, consintió en descender a la humilde condición de Regidor y acceder a ella después de aceptar por primera vez figurar como candidato en la boleta de un partido político.

Sin involucrarse en las polémicas de la campaña electoral de 1982, don Emilio Rodríguez Demorizi aceptó ser postulado como primer Regidor y no tengo ninguna duda que su presencia en la lista de candidatos de nuestro partido en la capital fue un factor decisivo que contribuyó a la alta votación que tuvimos en la capital y que ayudó a consolidar la victoria del hoy Presidente de la República, Dr. Salvador Jorge Blanco.

Logrado el triunfo, don Emilio aceptó otra misión sumamente difícil de cumplir, la de ser Presidente del Ayuntamiento del Distrito Nacional. En esa época, el Síndico era objeto de un fuego cruzado despiadado procedente de los dos flancos de los partidos Reformista y de la Liberación Dominicana que junto al Partido Revolucionario Dominicano componían la Sala Capitular.

Durante el primer tiempo de su delicada misión, don Emilio



señoreó el Ayuntamiento como un cóndor con sus alas extendidas por encima de nuestros adversarios que en cada 16 de agosto acogieron unánimemente nuestra propuesta para que se le confiriera un nuevo mandato como Presidente del Ayuntamiento de Santo Domingo. Los voceros de los partidos Reformista y de la Liberación Dominicana, no obstante los graves conflictos que nos separaron, hicieron la salvedad de que don Emilio estaba colocado por encima de las discordias de partidos y de líderes y que habían sido instruidos por los ex presidentes Joaquín Balaguer y Juan Bosch de votar unánimemente por su candidatura. Fue así que conservó su condición de Presidente hasta el final, logrando ser el eje en torno al cual se construyó una gran fraternidad y un respeto mutuo ejemplar entre regidores y funcionarios que no obstante pertenecer a diferentes partidos le hemos dado un ejemplo al país de que es posible la convivencia civilizada entre dominicanos de todas las ideologías.

Desde hace varios meses se advertía que la muerte libraba contra su vida las primeras escaramuzas, preparatorias del asalto final, porque sus fuerzas desfallecían en los actos y su poderosa mente perdía su lucidez de computadora. Finalmente, su cerebro y parte de su cuerpo quedaron semiparalizados y su voz enmudeció permaneciendo por varias semanas relegado a la impotencia en la cama de una clínica.

El final de sus sufrimientos llegó anoche y con él está casi terminando nuestro Ayuntamiento.

Más que los munícipes de Santo Domingo están de duelo las letras nacionales porque nadie las ha abrillantado más que él con su prodigiosa y variada producción literaria e historiográfica.

Para ilustración de los dominicanos incluimos una lista limitativa de una parte importante de su voluminosa creatividad:

Poesía Popular Dominicana (1938). Juan Isidro Pérez, el Ilustre Loco (1938). El Cantor del Niágara en Santo Domingo (1939). Luperón y Hostos (1939). Camino de Hostos (1939). El Padre Billini y Eugenio María de Hostos (1939). Apuntes de Viaje por los Estados Unidos (1941). Colón en la Española: Itinerario y Bibliografía (1942). El Acta de Separación Dominicana y el Acta de la Independencia de los Estados Unidos de América (1943). Del Romancero Dominicano (1943). Vicisitudes de la Lengua Española en Santo Domingo (1944). Samaná: Pasado y Porvenir (1945). Santana y los Poetas de su Tiempo (1969). Diario de la Guerra Domínico-Española 1863-1865. (1963). Papeles de Buenaventura Báez (1969). Guerra Domínico-Haitiana (1957). Refranero



Dominicano (1950). Papeles de Rubén Darío (1969). Relaciones Históricas de Santo Domingo. Primer Tomo. (1945). Relaciones Históricas de Santo Domingo. Segundo Tomo (1945). Relaciones Históricas de Santo Domingo. Tercer Tomo (1957). Acerca de Francisco del Rosario Sánchez (1976). Frases Dominicanas (1980). Sociedades, Cofradías, Escuelas, Gremios y otras Corporaciones Dominicanas (1975). Invasiones Haitianas de 1801, 1805 y 1822 (1955). Papeles del General Santana (1952). Relaciones Geográficas de Santo Domingo (1970). Enciclopedia Dominicana del Caballo (1960). Papeles de Pedro Francisco Bonó (1964). Lengua y Folklor de Santo Domingo (1964). Cronología de la Real y Pontificia Universidad de Santo Domingo 1538-1970 (1970). Martí y Máximo Gómez en la Poesía Dominicana (1984). Duarte Romántico (1969). Derrotero de la Isla de Santo Domingo (1975). Seudónimos Dominicanos (1956). Fundación de Baní (1974). En Elogio de la Geografía (1970). Martí y la Patria de Darío, Apuntes. (1953). Necrología del Padre de la Patria (1976). Colón en la Española, Itinerario y Bibliografías (1974). Elogio del Gobierno de la Restauración, Discurso. (1963). La Tertulia de los Solterones (1974). Salomé Urefía de Henríquez (1944). Noticias de Puerto Plata (1975). En Torno a Duarte (1976). Nueva Fundación de Puerto Plata (1975). Papeles de Monseñor de Meriño (1963). Los Dominicos y las Encomiendas de Indias de la Isla Española (1971). Apuntes de Rosa Duarte (1970). La Muerte de Lilís (1983). Documentos para la Historia de la República Dominicana. Tres tomos (1959). Relaciones Domínico-Españolas (1955). Salomé Urefía y el Instituto de Señoritas (1960). Baní y la Novela de Billini (1964). Rubén Darío y sus Amigos Dominicanos (1942). España y los Comienzos de la Pintura y la Escultura en América (1966). Cancionero de Lilís, Poesía, Dictadura y Libertad (1962). Santo Domingo y la Gran Colombia (1971). Martí y Máximo Gómez en República Dominicana (1953). Proyecto de Incorporación de Santo Domingo a Norteamérica (1964). Riqueza Mineral y Agrícola de Santo Domingo (1965). Cancionero de la Restauración (1963). Próceres de la Restauración (1963). La Imprenta y los primeros periódicos de Santo Domingo (1943). Actos y Doctrina del Gobierno de la Restauración (1963). Hostos en Santo Domingo (1939). Antecedentes de la Anexión a España (1955). Hojas de Servicio del Ejército Dominicano (1968). Informe de los Estados Unidos de América en Santo Domingo en 1871 (1960). Maceo en Santo Domingo (1978).

Emilio Rodríguez Demorizi, padre de la historia contemporánea, patriota y combatiente: Recibe por nuestro conducto el homenaje de



la ciudad de Santo Domingo y la gratitud de los dominicanos que te reconocen como el máximo conservador de los tesoros de su historia. Si las generaciones del futuro deben reverenciarte por tus obras, sin duda alguna que perteneces a la aristocrática y reducida promoción de los maestros de la acción y del pensamiento, a la categoría de los grandes hombres que como el arado abren con los surcos de su creación la sementera donde florecen las rosas de la cultura, el progreso y el honor de los pueblos.

(LISTIN DIARIO, lunes, 30 de junio de 1986, página 10)

